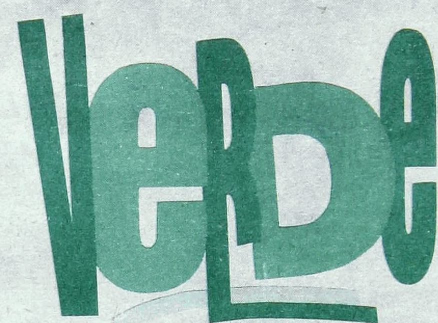


Suplemento de Página/12
Año 1 — Nº 8 — Domingo 9 de diciembre de 1990

ANTARTIDA

EL ULTIMO REINO

Tiene mucho más petróleo que Medio Oriente. Tiene plomo y cinc y oro y mucha plata. Es la base de estudio del ozono. Es única. Un paraíso que tiene el futuro prohibido.



Miguel Martelotti

Miguel Martelotti

UN HORIZONTE BLANCO

Por Adriana Bruno

La espada de Damocles que pendía sobre la Antártida acaba de ser devuelta a su vaina por decisión de los 39 países miembros del Tratado Antártico. La prohibición de todas las actividades minerales en el área quedó incluida en el texto que será la base de las futuras negociaciones, en abril del año próximo y eso fue, sin duda, el saldo más importante de la XI Reunión Consultiva Especial concluida el jueves pasado en el balneario chileno de Viña del Mar, sobre todo si se tiene en cuenta que, hasta el año pasado, la pesadilla era inminente. Carbón, plomo, estaño, manganeso, cinc, cobre, cromo, molibdeno, plata, oro y más petróleo que en todo el Medio Oriente junto, en una superficie que representa la décima parte de todas las tierras emergidas: un "bocato di cardenale" de 14 millones de kilómetros cuadrados.

Pero resulta que ese lugar, más frío que el planeta Marte (55 grados bajo cero promedio, vientos de 300 kilómetros por hora), también es el laboratorio científico de la humanidad. Allí es donde se pudo detectar, justo en la vertical del Polo Sur, el estrechamiento de la capa de ozono protectora de los rayos solares ultravioletas; allí, en las burbujas de atmósfera encerradas en el hielo desde hace milenios, se pudo evidenciar el famoso "efecto invernadero" o recalentamiento global del planeta; allí se analizan los micrometeoritos como si hubiesen caído hace cinco minutos; allí hay todavía más esperanza que huellas del hombre. Entre las posturas ambientalistas, que siguen reclamando el status de Parque Mundial para la única, última y más grande reserva natural intacta, y los grandes monstruos que soñaban convertirla en una nueva Dallas, este reciente proyecto de Protocolo de Protección Ambiental viene a poner un manto "verde" sobre el continente blanco.

El tamaño de lo decidido sólo se comprende desde la hipótesis contraria. Más claro: ¿cómo sería un futuro minero en la Antártida? Los hombres llegarían de a miles y habría que disponer dónde alojarlos. Nuevas estaciones e instalaciones superpoblarían la angosta franja costera libre de hielo donde también —y desde quién sabe cuándo— se refugia la fauna. Estos señores usarían pilas, plásticos, hojitas de afeitar, comidas enlatadas; mineros al fin, y no ecólogos, al cabo de un tiempo la "siembra" de desechos sería enorme. ¿Quién podría asegurar que jamás habría un derrame accidental de combustible? (210.000 litros se filtraron en octubre de 1989 en una base norteamericana).

¿Quién podría detener las explosiones? ¿Quién limitaría las perforaciones? Cuando la Antártida se convierta en la última vaca lechera de este mundo, ¿qué empresa sería capaz de contarle a su competidora cómo se ponen los dedos para ordeñar? Aquel "espíritu de cooperación y libre intercambio de información científica" que reclama la letra del Tratado habrá quedado, a este punto, tan lejos como el "ambiente prístino" donde —a pesar del cotidiano incremento del turismo y algunos proyectos de colonización— los estudiosos buscan las respuestas para un mundo cada día más incomprensible. Si los superpetroleros navegaran en forma frecuente las "más tormentosas aguas heladas", ¿cómo se evitaría un accidente? ¿Con las mismas normas de seguridad de las que hicieron gala, sólo en 1989, el "Exxon Valdez", el "Bahía Paraíso", el "Endurance" o el "Humboldt"? Finalmente, ¿hasta dónde llegarían las naciones por proteger su abastecimiento de minerales o energía? Irak da pistas...



Miguel Martelotti

MAS VALE NUNCA QUE TARDE

En 1959, doce estados se comprometieron a proteger el sexto continente, firmando en Washington el Tratado Antártico que le dio existencia legal a esas tierras. Siete países reclamaron soberanía en ese momento (Argentina, Chile, Australia, Nueva Zelanda, Noruega, Francia y Gran Bretaña) mientras que, con el correr del tiempo, otros 27 estados firmaron el Tratado. Y en esta Reunión Consultiva Especial —que duró 3 semanas— los miembros de tan exclusivo club dieron el visto bueno para la incorporación de Holanda y Ecuador.

Una primera y desprevenida lectura podría deducir que en Viña del Mar se discutieron detalles: si moratoria o prohibición definitiva. Lo cierto es que, con la diplomacia del caso, unas posturas intentaron resucitar el CRAMRA mientras otras hacían lo posible por ajustar la lápida. Firmada por 33 países en junio de 1988 en Wellington, Nueva Zelanda, la Convención para la Regulación de las Actividades de los Recursos Minerales Antárticos autorizaba, con límites, la exploración y explotación minera, y debía ser ratificado por cada uno de los firmantes del Pacto Antártico antes del 25 de noviembre pasado. Pero Australia primero, Nueva Zelanda después, seguidos por Francia, Italia y Bélgica, entre otros, fueron negándose a poner la rúbrica, empujados en no poca medida por la presión creciente de sus respectivas opiniones públicas. Se adujo entonces que la Convención de Minerales haría más probable y cercana la explotación, por cuanto proveía de seguridad jurídica a los interesados en tales actividades, despe-

jando incertidumbres en cuanto a los derechos de propiedad. Estos mismos países son los que llevaron a Viña del Mar las propuestas más avanzadas. El Procotolo de Protección Ambiental presentado por los neocelandeses se convirtió en el documento base para la discusión, apoyado por una propuesta conjunta —muy similar— de Australia, Bélgica, Francia e Italia, según informó a **Página/12** la licenciada Andrea Figari, coordinadora de la campaña antártica de Greenpeace América latina. Las exigencias de este protocolo que habla de "protección comprehensiva" (mejor delimitación de responsabilidades, evaluación del impacto ambiental en todos los casos, información suficiente para la cooperación científica, etc.) dejaron bastante conformes a las 200 organizaciones no gubernamentales —de 35 países— reunidas en la Coalición Antártica y el Océano Austral (ASOC).

Del otro lado, entonces, quedaron Estados Unidos y Gran Bretaña —que hasta ese punto habían puesto toda la artillería en las ratificación del CRAMRA— acompañados por Japón y Sudáfrica, en la propuesta de una moratoria. Desde el argumento del "éxito" del Tratado Antártico, la filosofía de no innovar liderada por estos monstruos de la minería ofició a la manera de freno. Las reuniones privadas entre jefes de delegaciones, que apenas alcanzaban los 10 minutos de duración por la falta de coincidencias mínimas, fueron el comentario obligado del lobby vespertino en el hotel O'Higgins, sede de las reuniones. "Cualquier discusión sobre una moratoria ligada a la eventual implementación de la Convención de Minerales es una discusión sobre cuándo comenzará la minería", advertía el boletín ecologista ECO del 19 de noviembre. "Es simplemente ilógico e irreal tratar de proscribir la minería en un tratado acerca de la minería", razonaba por su parte el primer ministro australiano, Bob Hawke.

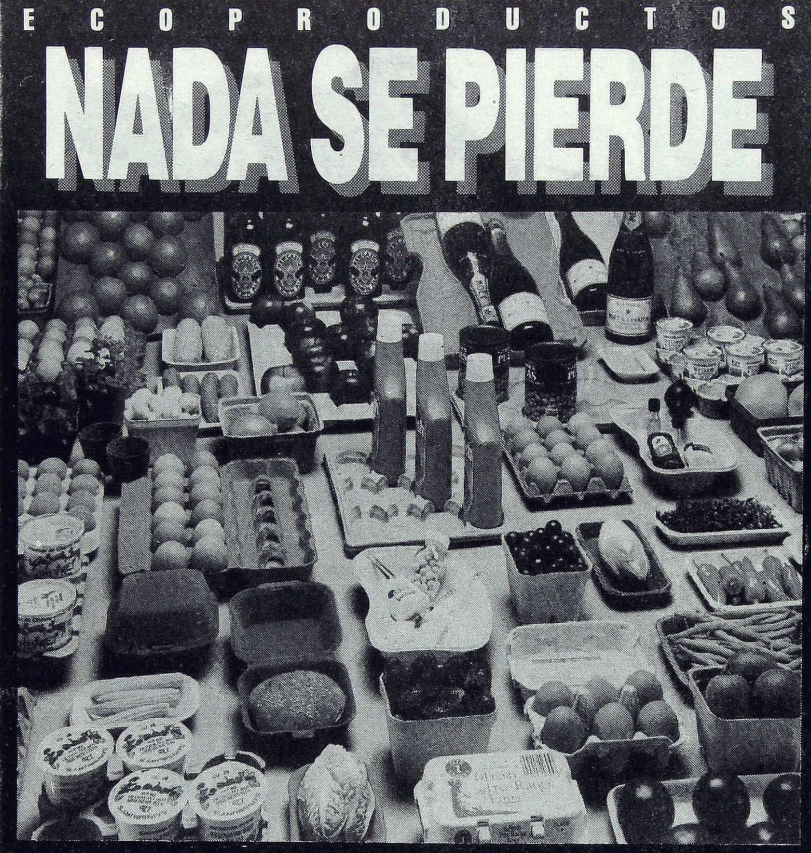
QUE QUIERES TU DE MI

El presidente argentino, en cambio, no explicitó qué tipo de futuro se pretende para la Antártida, un territorio ciertamente lejano. Con el titular de la delegación oficial, José María Otegui, discutiendo simultáneamente asuntos de Malvinas en Europa, la situación de los funcionarios de la Cancillería argentina evidenció cierta orfandad. Encabezado por el subdirector del área Carlos Hussay y el general de brigada (R) Jorge Leal, actual director del Instituto Antártico y asesor de la delegación, el equipo nacional sostuvo hasta último momento la idea-fuerza del "tomémoslo con calma". Tanto "sí pero no" hizo que muchos llegaran a sospechar que no tuvieran muchas instrucciones muy precisas. Pero si el silencio también contiene un mensaje, el no haber suscripto de entrada la prohibición de actividades mineras, puede verse —a la luz de los faros de los barcos enviados al Golfo Pérsico— como una más de las cortesías destinadas a pegarnos con plastilina al Primer Mundo.

Con discusiones públicas que, por primera vez, rompieron ese clima tradicional de secretos militares que caracterizaba los encuentros del Tratado, esta XI Reunión Consultiva Especial marcó un par de actitudes auspiciosas, incluso más allá de las resoluciones específicas. Nunca antes se había admitido como observador —con voz pero sin voto— a una organización ambientalista, en este caso Greenpeace, que cuenta entre sus méritos tener instalada, desde hace 3 años, la única estación no gubernamental en Antártida y haber realizado 5 expediciones al territorio blanco. También en Viña se produjo el debut de un ecologista como cabeza de una delegación latinoamericana, precisamente la de los dueños de casa. Parece ser que *el clima* está cambiando. La "destrucción pautada" de la Antártida no comenzará mañana.

E C O P R O D U C T O S

NADA SE PIERDE



Por Alejandra Folgarait

Anita Roddick se entremezcla una vez más con los manifestantes que reclaman terminar con la destrucción de la Amazonia ante la embajada de Brasil en Londres. Esta británica madura, con dos hijas y un esposo aventurero que recorrió a caballo la distancia entre Buenos Aires y Nueva York, sería una activista como cualquier otra si no fuera porque es la creadora y directora de una cadena de negocios que facturan 100 millones de dólares por año.

Hoy, cuando casi todas las grandes compañías tratan de mostrar sus virtudes ecologistas a tono con los tiempos que corren, Anita puede decir con orgullo que ha sido una de las pioneras. Catorce años atrás salió del anonimato fundando una boutique dedicada a la elaboración y venta de cosméticos, en la que los productos eran biodegradables y se vendían en envases reutilizables y con minuciosas explicaciones escritas a mano. Ahora, además de tener sucursales en 37 países, su empresa posee un departamento de Proyectos Ambientales que se ocupa de mantener sus principios ecologistas tanto en la manufactura de cosméticos como en las "causas sociales" a las que adhiere con dinero, propaganda y participación activa.

El "Body Shop" de Roddick es famoso, en partes iguales, por su apasionado ambientalismo y sus cosméticos naturales. Rara mezcla de espíritu comercial de pura cepa con idealismo de los '60, el negocio de la conciencia verde le brinda una excelente imagen que se extiende a sus productos y empleados.

Roddick asegura que sus campañas en defensa de las ballenas, la capa de ozono, los indios, los desocupados de Escocia y los pobres del Tercer Mundo son, más que una estrategia comercial, una genuina actitud ética ante la vida. Sea cierto o no, hoy son muchos los que copian su estilo, conscientes de que los consumidores prestan cada vez más atención a los productos que no contaminan el planeta y a los que informan claramente los márgenes de seguridad para la salud humana.

Hasta las Bolsas de Valores de las principales ciudades están sacudidas por la novedad: muchos *brokers* ofrecen a sus clientes portfolios de acciones pertenecientes a empresas "limpias". Así, los inversores pueden elegir si compran papeles de una compañía que se compromete a no fabricar armas, a no producir pesticidas, a no destruir recursos no renovables, o a todo ello junto.

La nueva conciencia verde gana adeptos en las más diversas áreas (petroquímica, productos farmacéuticos, industria del papel, metalúrgica, automotrices, componentes de computadoras, etc.). Las corporaciones, urgidas por las presiones de los consumidores cada vez mejor informados sobre la polución que generan los productos que ellas fabrican, invierten miles de millones de dólares en investigación y desarrollo de elementos de reemplazo y tratamiento de residuos industriales, así como también gastan fortunas en publicitar su cambio de estilo.

Una nueva raza de industrias está naciendo. Esta incluye a las comprometidas con la no contaminación del ambiente y a las que se dedican a reciclar la basura que ellas, o el resto, producen.

La gigantesca Amoco, por ejemplo, ha anunciado recientemente la puesta en marcha de su planta procesadora de *polystrene*, un compuesto muy utilizado en los Estados Unidos para envasar comidas rápidas y fabricar otros productos descartables. El polystrene reciclado puede ser usado como aislante en la construcción o como material para hacer objetos de toda índole para la oficina y el hogar. Además, Amoco publica frecuentes avisos en los que asegura que los plásticos no son los malos de la película, ya que representan sólo el 18 por ciento de los desechos sólidos y pueden ser reciclados en buena medida.

"Creemos que la protección ambiental y los negocios rentables son compatibles", asegura un ejecutivo de Metales Reynolds, que ya lleva recicladas cien mil millones de latas de aluminio usadas, con una ganancia de mil millones de dólares.

La política instrumentada en 1975 por 3 M, en cambio, previene la polución desde el mismo origen antes que al final del proceso de industrialización, lo que les lleva ahorrados unos 500 millones de dólares.

En un informe especial de 65 páginas, la revista *Business Week* también revela que Du Pont ha tenido tanto éxito en la venta de un residuo reprocesado como material para la construcción que está removiendo los desechos que había depositado en los suelos para reciclarlos.

En los Estados Unidos se acumulan anualmente seis mil millones de toneladas de residuos domésticos, industriales, comerciales y agrícolas, según la Agencia de Protección Ambiental (EPA). Pero también existen innumerables —aunque todavía insuficientes— proyectos científicos estatales o privados destinados a reducir, eliminar, o reciclar los peligrosos desechos que contaminan agua, cielo y tierra (amén de organismos vivos).

Las investigaciones que buscan compuestos para reemplazar a los que contaminan el ambiente o causan enfermedades humanas crecen día a día en los países desarrollados. La ola verde amenaza barrer con todo, y los políticos nadan a favor de la corriente, declarándose paladines de la ecología o proponiendo diversas limitaciones para los contaminantes.

Sin duda, para las empresas se trata de un buen negocio, y para los individuos, de un tranquilizador lavado de conciencia. Aun así, no puede negarse que a la Tierra le viene muy bien un tratamiento de rejuvenecimiento intensivo. No le devolverá su cutis lozano, pero lo mantendrá en buena forma para las futuras generaciones.





Muchos y amontonados

De acuerdo con la Carta 1990 de aglomeraciones urbanas editada por las Naciones Unidas, la ciudad de México es, por lejos, la más poblada del mundo con unos 20,2 millones de habitantes. Otras once ciudades —tres de las cuales corresponden a Latinoamérica— tuvieron este año más de 10 millones de habitantes. De acuerdo con el documento de la ONU ésta es la primera vez que una urbe del Tercer Mundo se constituye en la principal aglomeración ciudadana de los cinco continentes. A México le sigue en las cifras la ciudad de Tokio, con 18,1 millones de habitantes; más atrás Sao Paulo con 17,4 millones; Nueva York con 16,2 millones; en tanto que Buenos Aires se ubica en el nada despreciable octavo puesto.

DINOSAURIOS

La culpa fue del volcán

Una erupción gigante en una zona de alta actividad volcánica en la isla de Reunión en el océano Indico habría sido la desencadenante de un cambio de condiciones climáticas que, hace 65 millones de años, motivó la desaparición de los dinosaurios. De acuerdo con el estudio presentado por un grupo de científicos franceses en el Simposio Internacional del Universo, el cataclismo habría cubierto de lava una superficie de unos 500.000 metros cuadrados. A los científicos, ahora, más que los dinosaurios les preocupa que el centro de actividad volcánica se trasladó a unos cientos de kilómetros de la isla y desde allí, dentro de un milón de años, nacerá el próximo volcán que hará estragos con unas cuantas especies contemporáneas.

ECOLATRIA

LOS HEREJES DEL REINO NATURAL

En este incrédulo Occidente sin otro dogma que el del "fin de las ideologías", algunos juegan a inventar religiones para poder abominar de ellas, satisfaciendo así su módica vocación de herejes.

Esto hace Fernando Savater, quien ha creado ad hoc un nuevo culto —la "ecolatría"—, y dedica toda una diatriba irónicamente compuesta a denostarlo.

La "ecolatría" sería, según su profeta-hereje, una adoración insensata de la naturaleza, propia de "beatos sin fe trascendente" y "comunistas sin comunismo". Propugnaría —conscientemente o no, dice Savater— la "pureza antihumana" de un mundo del que el hombre está ausente, o apenas presente de un modo animal. Los ecólatras, fanatizados defensores del "derecho de la Tierra a no ser perturbada por la forma de vivir de los hombres", serían algo así como odiosos misántropos combatiendo los intereses y comodidad de su propia estirpe.

Savater, magnánimo, concede que la ecología en sí puede ser una disciplina útil, aun necesaria, por simples razones de conveniencia práctica para la supervivencia de los hombres. Es malo destruir la capa de ozono porque nos impediría tomar sol impunemente en los balnearios; es malo exterminar del todo a las otras especies porque nos quedaríamos sin qué comer. Pero fuera de ese estrecho horizonte utilitario, toda otra pretensión conservacionista saca a Savater de quicio, lo impacienta y desencadena sus iras "antiecolátricas".

Vale decir que, dejando de lado los caricaturescos ejemplos que él esgrime, si uno no abriga un entusiasmo frenético por la ultrasofisticada vida moderna, es un modo ecólatra vulgar; si sospecha que la "forma de vivir" de nuestro ajetreado linaje se ha cerrado peligrosamente a todo contacto saludable con el medio, es un "comunista sin comunismo"; si ama la vida en todas sus formas, por humildes que sean, es un "beato sin fe"; y si guarda reparos de índole ética o aun estética hacia la perversa e innecesaria alteración del entorno natural a manos de la codicia irresponsable, el menosprecio o la simple estupidez de algunos hombres, es un loco dogmático antihumano.

No evoquemos los atentados ecológicos más palmarios: el exterminio de elefantes y ballenas, la devastación de selvas, la contaminación de mares, la lluvia ácida o las pruebas atómicas. Pensemos en tres ejemplos discretos, ínfimos. Los guardafaunas de Península de Valdés se vieron obligados a alambrar los asentamientos de elefantes marinos, porque los alegres turistas habían tomado la costumbre de inscribir leyendas y corazoncitos, con hojas de afeitar, en la piel de esos animales. Las aguas hasta hace poco puras del lago Nahuel Huapi muestran ya una alta polución bacteriana por el escurrimiento de heces de los hoteles barilochenses: es más barato contaminar que construir cloacas adecuadas. Helicópteros brasileños para turistas ricos han convertido a las cataratas del Iguazú en un infierno de polución sonora, que crispa los nervios del visitante inadvertido y conmociona la selva circundante. Uno sería un ecólatra furioso si se indignara por esto.

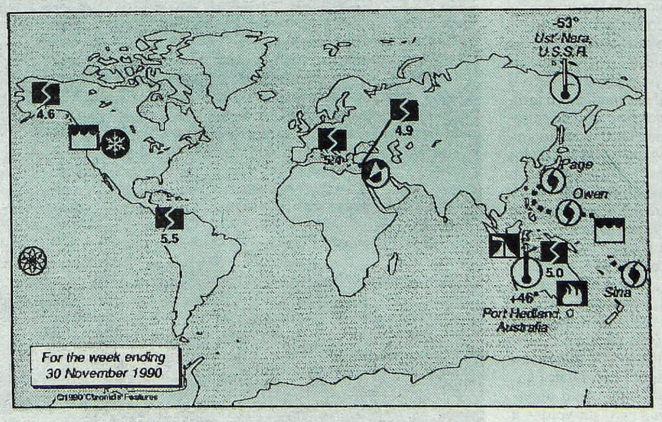
Es cierto que el poder humano de destrucción es limitado. Por ahora, sólo podemos destruir nuestro modesto planeta. Esta observación de Savater, sin embargo, no consuela De los millones de planetas de nuestra galaxia, la Tierra es el único probadamente habitable para nosotros. Poco interesa el destino de las nubes jovianas y las remotas maravillas de Saturno. En cambio, aliento la maniática ecolatría de pretender que los últimos espacios naturales existentes en este mundo no sean convertidos, por necesidad o desidia, en nuevos basureros de una arrogante hipercivilización que concibe a la Tierra como un objeto más de su rabioso consumismo, e igualmente descartable.

El desprecio hacia la Naturaleza constituye un dato reciente de la Historia Humana. Durante la mayor parte de su pasado, los hombres la reverenciaron en la forma de dioses, doctrinas filosóficas y producciones culturales diversas. Se sentían parte del Cosmos, percibían la unión esencial de todas las cosas y su propia y profunda inmersión en el mundo físico. Experimentaban la Naturaleza como un vasto orden en el que estaban definitivamente involucrados. El desprecio hacia la Naturaleza data apenas del apogeo del industrialismo, cuando los hombres comenzaron a sentirse capaces de someterla. Junto con la explotación de las masas humanas al servicio del maquinismo, apareció la intensiva explotación —y depredación— del patrimonio natural. El desarrollo urbano contribuyó a la ruptura del vínculo elemental hombre-naturaleza, y se impuso el concepto de Sociedad como antinomia inconciliable de esta última. Así se instauró paulatinamente esta "forma de vida actual", suprema de artificio, y así se formaron los tipos humanos actuales en su triple alienación: de sí mismos, de sus semejantes y del mundo natural.

No nos engañemos: el desprecio hacia lo natural oculta otra cosa: la frenética adoración de la vida alienada. El odio a la "ecolatría" es señal de una religión inversa: la urbanolatría, que venera estáticamente la alienación.

Al final de su humorada, Savater manifiesta preocupación por la "polución ecolátrica". En un mundo castigado por la voracidad de las corporaciones y la iniquidad de los gobiernos, la "ecolatría", de existir, tendría al menos la virtud del desinterés y de la inocuidad. Mucho más peligrosa es la polución de tonterías.

DIARIO DEL PLANETA



TORMENTAS TROPICALES

El ciclón tropical Sina rodeó el sur de Fiji, infligiendo daños por fuertes lluvias y vientos al grupo de islas del Pacífico Sur. Todos los aeropuertos y tres grandes refinerías de azúcar tuvieron que cerrar por los fuertes vientos de más de 200 millas por hora y las lluvias torrenciales.

El tifón Page giró hacia el norte de las Filipinas evitando por poco infligir otra calamidad a la nación ya abrumada de tifones y terremotos. Page luego trajo fuertes vientos a las islas del sur de Japón y se predecía que se disiparía al sudeste de Tokio durante el fin de semana.

INUNDACIONES

Una fuerte tormenta en el Pacífico gatilló un record de lluvias que provocaron mayores inundaciones en Washington y British Columbia. Muchos ríos desbordaron sus riberas y el primer puente pontón flotante del mundo, que unía Seattle con la isla Mercer, se hundió bajo la fuerza de la tormenta. Un masivo desmoronamiento 150 km al norte de Vancouver cubrió 150 metros de vías y cortó el servicio entre la ciudad y el interior de British Columbia.

PRUEBA EN LA POLINESIA

Francia condujo su sexta prueba nuclear esta año en la Polinesia francesa el 21 de noviembre —esta vez en el atolón Mururoa. El ministro de Defensa anunció que la explosión tuvo una fuerza de menos de 50 kilotones. Se espera que sea la última de una serie de explosiones subterráneas bajo el atolón de coral este año.

DESASTRE VOLCANICO

Un río de lava del este del volcán Mount Kelud en Java mató a cuatro personas en la ciudad de Biltar. La lava había estado cayendo del volcán sin provocar daño, pero de pronto surgió de la montaña y rompió el cauce existente, dañando casas, puentes y chacras.

Más tarde, una lluvia torrencial provocó cascadas de agua bajando por Mount Kelud, arrastrando toneladas de lava fría a Biltar y el vecino Kediri.

TORMENTA DE NIEVE

Una tormenta de nieve en las montañas Rocosas, en el norte de Montana, descarrnó parte de un tren de carga, cerró rutas y dejó a mucha gente aislada con una visibilidad casi cero y mucho frío.

Ráfagas de nieve de 130 km por hora sacaron de las vías a cinco vagones cerca de Browning. No se registraron heridos.

TERROMOTOS

Un fuerte temblor sacudió la costa adriática de Yugoslavia, causando derrumbes de tierra que detuvieron el tráfico, pero no produjo heridos ni grandes daños. Movimientos sísmicos también se sintieron en el norte de Australia, Chipre, el oeste de Colombia y el centro de Alaska.

SEQUIA

El histórico mar de Galilea de Israel, la mayor fuente de agua del país, ha descendido a niveles muy bajos durante la actual severa sequía.